

ARGOS



Revista escolar del CDP Juan XXIII-Zaidín de Granada
AÑO XXII · NÚMERO 51 · Diciembre de 2019

No digáis que agotado su tesoro,
 de asuntos falta, enmudeció la lira.
 Podrá no haber poetas; pero siempre
 ¡habrá poesía!
 Mientras las ondas de la luz al beso
 palpiten encendidas,
 mientras el sol las desgarradas nubes
 de fuego y oro vista;
 mientras el aire en su regazo lleve
 perfumes y armonías;
 mientras haya en el mundo primavera
 ¡habrá poesía!
 Mientras la ciencia a descubrir no alcance
 las fuentes de la vida
 y en el mar o en el cielo haya un abismo
 que al cálculo resista;
 mientras la humanidad, siempre avanzando,
 no sepa a dó camina;
 mientras haya un misterio para el hombre
 ¡habrá poesía!
 Mientras se sienta que se ríe el alma,
 sin que los labios rían;
 mientras se lllore sin que el llanto acuda
 a nublar la pupila;
 mientras el corazón y la cabeza
 batallando prosigan;
 mientras haya esperanzas y recuerdos
 ¡habrá poesía!
 Mientras haya unos ojos que reflejen
 los ojos que los miran;
 mientras responda el labio suspirando
 al labio que suspira
 mientras sentirse puedan en un beso
 dos almas confundidas;
 mientras exista una mujer hermosa,
 ¡habrá poesía!

Gustavo Adolfo Bécquer.

Redacción

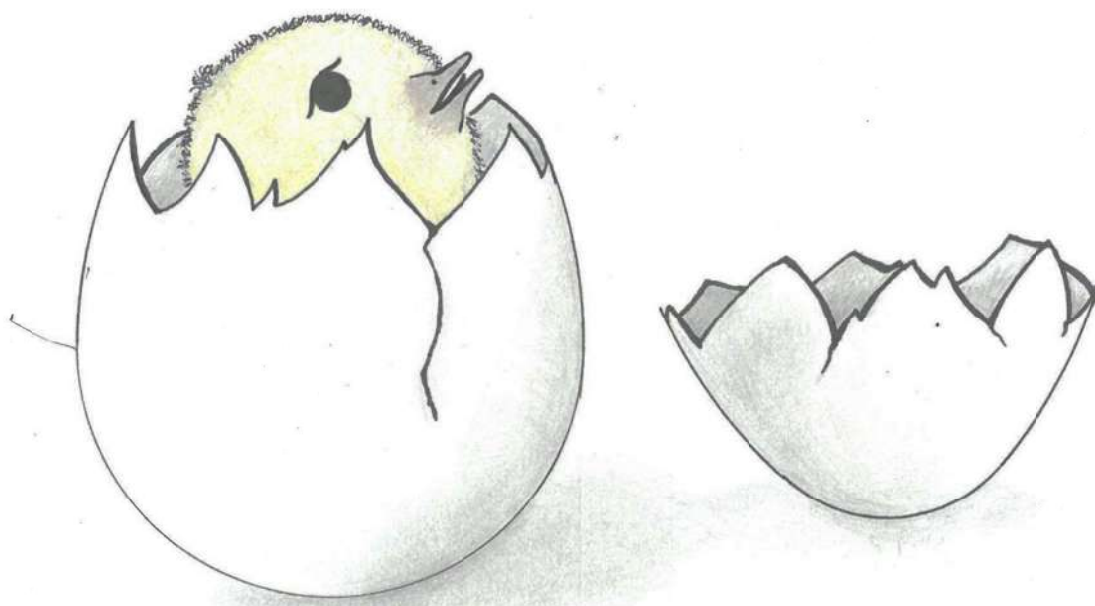
Gustavo Gerardo García. Julia Ordóñez. Laura Padial. María Casero. Juan Megías. Santiago Rodríguez. Andrea Martín. Eva Moraleda. Elvira Ramírez. Irene Gallegos. Carmen García, Lucía Rodríguez, Ana Pérez Soria, Eva Urbano, Miguel Zhan, Francisca Rojas, María Villchez Anias. Erika Bernal. Gabriel. Alejandra Castaño. Fátima Abril. Isabel Alba. María Virginia Galdeano. Javier Moreno. Jesús Pérez. María Mancebo. María Rodríguez. Marta Cremor Gil. Laura Alonso. Miriam Civantos. Sara García. Soledad Molina. Tamara Mejía. Ángel Francisco Ávila Jiménez. Juan Francisco Ávila Espín. Francisca Rojas.

Las cuatro de la mañana. No había salido el sol. Una brisa ligera nos hacía presagiar la llegada del otoño. Estaba en mi casa, cálida como ninguna otra. Me pongo mis zapatos y me dispongo a salir. Corro sin rumbo ni sentido, el viento en mi cara. De repente me detengo, me agacho para mirar unas huellas de animal, cuadrúpedo y pequeño, supongo. Podría haber sido un gato callejero que buscaba comida. Una ardilla...

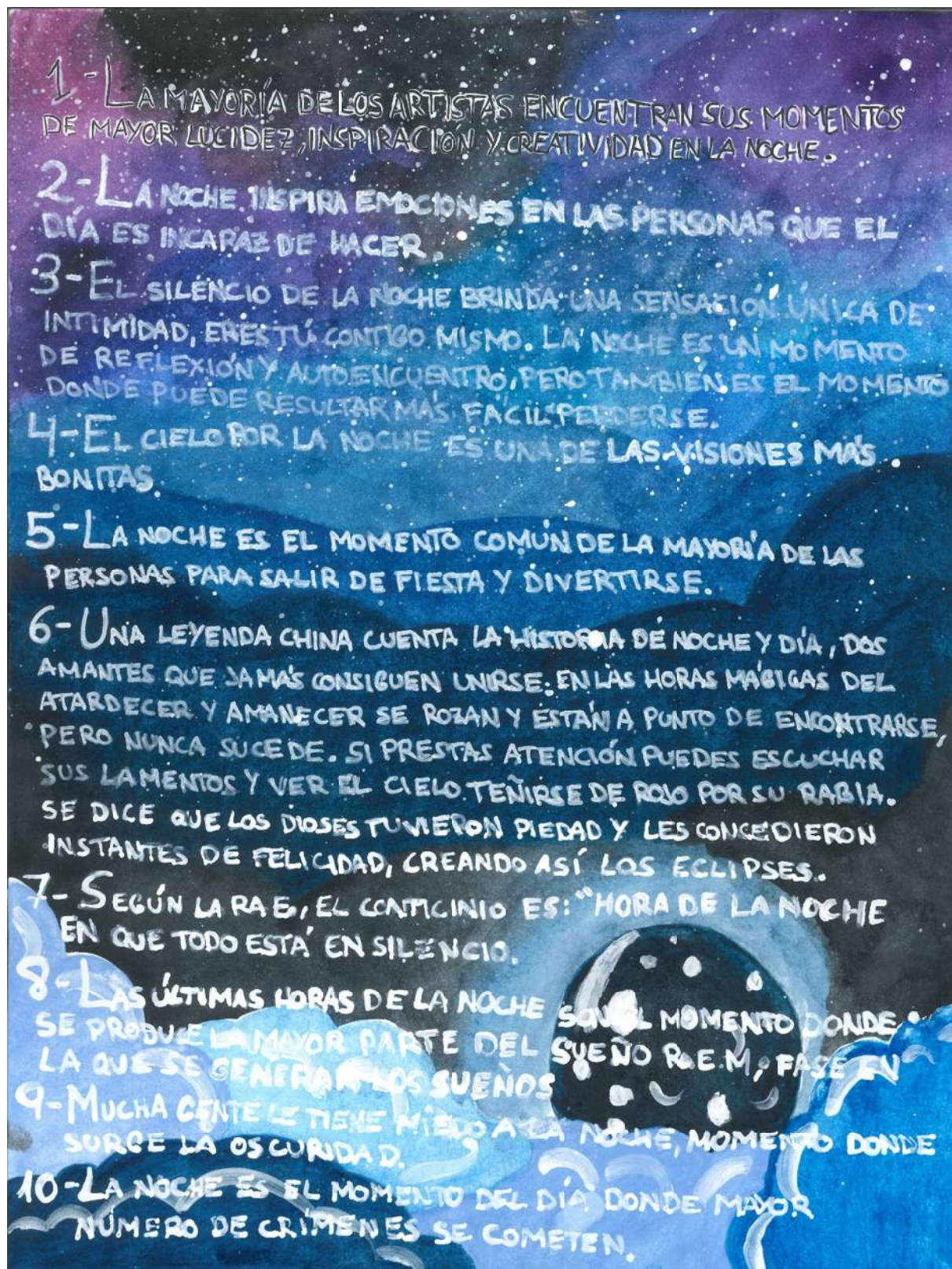
Todo el mundo alguna vez se ha dado cuenta de que lo que tocamos, lo que sentimos o notamos, si no hay nadie alrededor para contarlo, hay otra forma para expresarlo: el papel.

Podemos escribir lo que nos está pasando justo en ese momento. Si sabemos leer, habrás visto que lo que me pasaba esta mañana, no me comí unos chocolates, o que desayunara, ¿qué podría haberlo hecho? Sí. Pero seguro que no lo habrás pensado cuando lo leíste. Leer te puede permitir imaginar qué es lo que pasó o lo que pasará.

Miguel Zhan. 4ºESO



Lucía Rodríguez. 4º ESO



Eva Urbano. 1º Bachillerato

Carmen García Rodríguez. 1º BACH C.

. EL CUENTO .

Me alejo más y más viendo la frontera de la más humosa. Ya no había ningún edificio, solo árboles. Decidida comencé a adentrarme entre ellos. Un poco intranquila decidí seguir caminando porque la uniformidad a su vez me tranquilizaba. Caminaba por el césped llena de diferentes tipos de flores, aunque era un poco incómodo pues el pie se me quedaba atrapado entre otras plantas que me parecían feas e inútiles. En ese momento empecé a pensar que todo era muy aburrido, todo era igual pero aún así decidí seguir por el camino. Los árboles eran cada vez más altos, en mi cabeza tenían la altura de edificios de unas tres plantas, aunque esa altura contrastaba con su anchura. Un pajarillo se posó sobre un tronco y lo tomé como una señal para descansar. Me senté y mirando exactamente a mi diagonal derecha vi algo diferente. En ese momento la uniformidad cesó al instante y sin pensarlo decidí ir hasta allí. Los árboles iban disminuyendo en altura, casi me atrevería a decir que iban formando una escalera y un camino que sentía la necesidad de seguir. Encontré un libro decidí abrirlo pero no entendía nada así que decidí cogerlo y llevarlo conmigo ya que no era muy grande.

y si me aburría por el camino
podría buscar su título, pero
no la encontraba. Siguiendo el camino
vi a un señor, parecía mayor
y su jersey azul me resultaba familiar.
Conforme me iba acercando iba recordándole
le di un abrazo y en ese momento
recordé ese libro, era el cuento
que cada noche leía de forma diferente
mi abuelo.



Irene Gallegos. Antigua alumna

Pulse el botón y la imagen retrocedió a gran velocidad. Me recliné en el sillón dispuesta a escucharlo una vez más, ahí estaba ese sonido. Desde la primera nota volví la misma sensación, es la misma sensación que al llegar después de un duro día de trabajo, cierras la puerta y, con un suspiro, te sientes protegido por las cuatro paredes de tu casa.

Pero una vez más no conseguí llegar más allá, no conseguía identificar la suave nana. Pulse el botón como las últimas diez veces, llevaba una hora intentado continuar la película pero la melodía no salía de mi mente.

Una vez más, y otra y otra más hasta que de repente una imagen clara se formó en mi mente: un pequeño tiovivo.

Entonces todo volvió de golpe, las tardes jugando en la alfombra y mi devoción por ese tiovivo. Recuerdo pasar horas tomando la parte superior y girándolo para que reprodujera esa dulce música, embobada mirando los caballitos girar. Recuerdo la perfección de sus detalles, los espejos del interior del tiovivo y el sonido de los engranajes antes de reproducir la canción.

Eso explicaba la calma que me producía aquella boba canción, resultado de años contemplando los caballitos girar y danzar.

Me lancé decidida a las escaleras, directa al attillo dispuesta a encontrar en las polvorientas cajas mi viejo tiovivo.

- Elvira Ramírez Vigil -



Ana Pérez Soria. 2ºBachillerato

EVA MOROLEDO MARTÍN. 1º BACH. A

LOS los PLANTAS plantas



Las ganas de llegar me invaden. Desco pasar las calurosas tardes de verano lejos de aquí; de todo esto.

Alejar me del tiberio de la ciudad, de los escandalosos vecinos y el aire impuro.

Mientras pienso en llegar a mi lugar favorito, donde la calma absoluta reina durante todo el día, mis ojos se entornan poco a poco y un profundo sueño me vence.

La áspera voz del abuelo me despierta y bajo ansiosa de la furegoneta.

Inspiro ante la variedad de olores que se distinguen en el aire! una mezcla a fruta fresca, menta, romero... aromas inexistentes de allá donde vengo.

La abuela entra en la acogedora casita, alistándola para pasar la semana entera en el cortijo, o como la familia lo llamamos: Los Plantas.

Entretanto, tomo al abuelo de la mano emprendiendo camino hacia la vereda del río. El sonido de nuestros pasos sobre la tierra húmeda es como una música de fondo, baja y rítmica.

En el trayecto me iba mostrando los cultivos que con tanto mimo y cariño siembra y cuida con dedicación. Es asombroso ver las calabazas y tomates gigantes, los robustos cerezos rebosantes de brillantes sonrisas maduras... la tierra fértil muestra sus encantos. El abuelo me deja sola y me esperará al atardecer en el mirador, que con paciencia y tesón construyó él con sus propias manos en

Lo alto de unas rocas planas .
Admiro su pasión por la naturaleza .
Con cuidado , bajo a la vereda del río . Sus aguas transparentes
fluyen lentamente llevando consigo peces que emprendieron un
largo viaje desde muy lejos .
Coloco una mano encima de otra , en forma de viento y me llevo el
agua a la cara para refrescarme , Un agua muy fría .
Bebo de ella y remojo los pies , aliviándome del intenso calor .
Aquí el sol es arrebatador y el fulgor de sus rayos atota con
fuerza .
Me abro paso entre las más hermosas flores y me siento en la
roca de siempre , bajo la densa sombra de un viejo níspero ;
anhelaba este momento .
Cierro los ojos , dejándome llevar por agradables sensaciones .
Agudizo el oído y el olfato . Una suave brisa me mece , acaricián-
dome la cara y erizándome el vello . Las ranas croan cerca de
mí , las libélulas pasan zimbando por mi izquierda y las
chicharras musiquean estridentes . Escucho el sonido de las
aguas del río fluyendo y abriéndose camino en la tierra ,
embarcando un acuciante olor a hierba machada .
Cuando quise darme cuenta , el sol había descendido y llega la
hora de subir al mirador . Allí , los abuelitos me esperan , con una
amplia sonrisa que arruga aún más sus pieles , para ver juntos el
atardecer como siempre hemos hecho .
Subo al mirador , y allí , donde se alzan las montañas estirándose
con fuerza hacia lo más alto del cielo , es donde mis ojos han
sido testigos de las mejores puestas de sol que han presenciado
jamás .

- She used to be mine.

Eva Urbano. 1º Bachillerato

Las luces están apagadas, todo está oscuro, si no fuera por las linternas de nuestros móviles no veríamos nada.

Estamos en el salón de actos, subidas en el escenario, solo nosotras cuatro: Sara, Bea, Fatima y yo.

El silencio lo envuelve todo, y hasta el más mínimo suspiro resuena en toda la sala. ¿Debería este silencio ponerme nerviosa o darme paz? No lo sé, en un silencio tan rotundo es tan fácil perderte como encontrarte, y desde luego, muy difícil diferenciar.

Cruzamos el escenario hasta donde está el piano, y cada paso que damos resuena en el suelo de madera. Colocamos varias sillas, cada una diferente, alrededor del piano y nos preparamos: Sara abre la bandeja del teclado y coloca la hoja donde tiene apuntados los acordes; Fatima se sienta y se cruza de piernas, la postura en la que se siente cómoda cantando; y Bea y yo observamos y alumbramos el teclado con nuestros móviles.

Todo se para, y mantengo la respiración hasta que suena el primer acorde, entonces vuelvo a respirar.

El piano suena firme, contundente, muy seguro de si mismo, pero sin llegar a ser brusco; mantiene una delicadeza que preserva la intimidad del lugar, todo obra de Sara.

"It's not simple to say that most days I don't recognize me." Fa'tima empieza a cantar. Su voz suena grave, como un susurro, como si estuviera cantando para ella misma. Casi hay que prestar atención para oír la cantar ese verso pintado de melancolía.

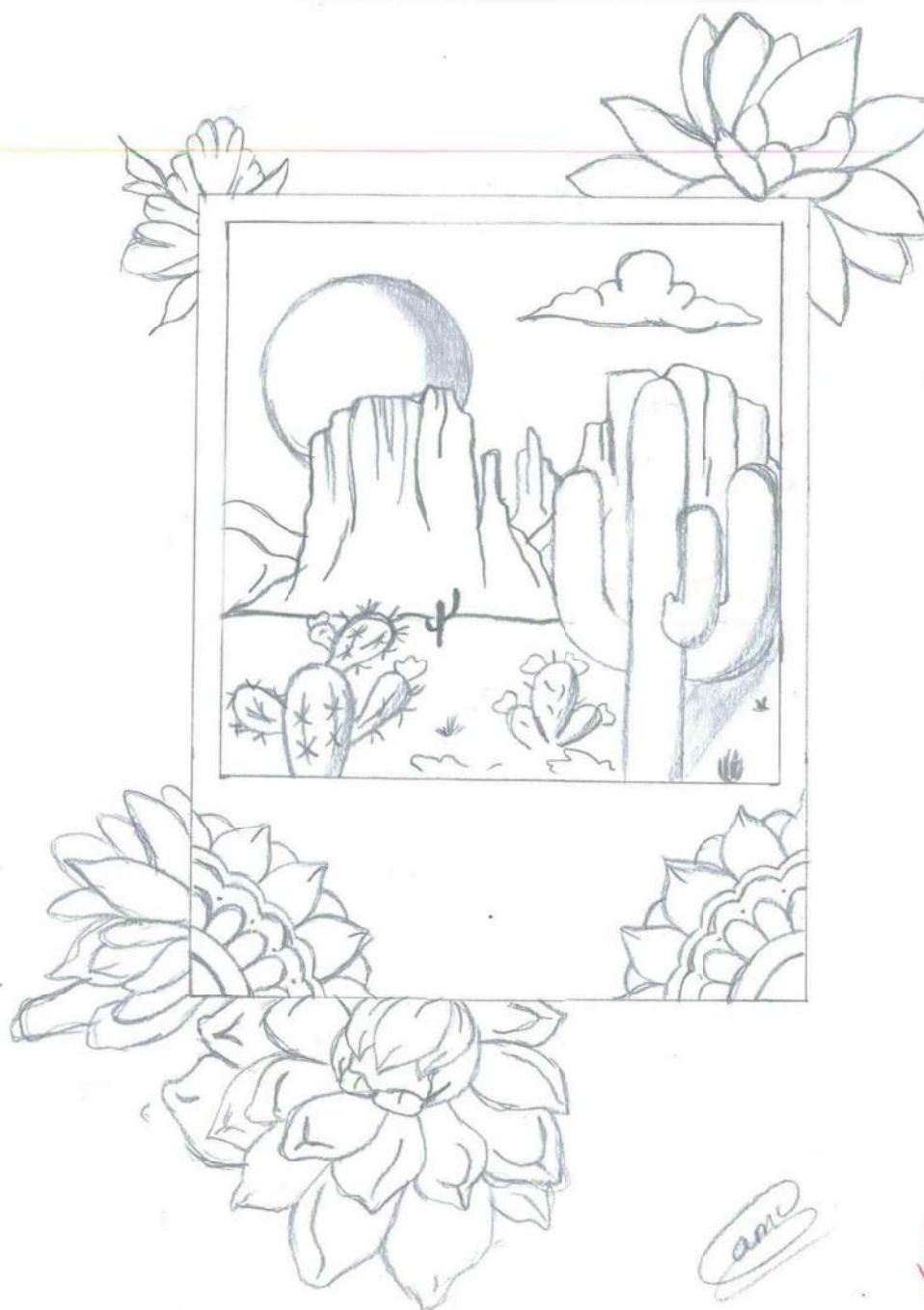
La canción sigue y llegamos al estribillo, en el que el ambiente cambia por completo. "She is messy, but she's kind." La voz de Fa'tima se eleva, se vuelve más aguda, y lo que antes había sido melancolía se transforma en una mezcla de dulzura y amargura, en un sentimiento agri dulce.

"She is gone, but she used to be mine." Al final del estribillo la voz se le quiebra y le cuesta tomar aliento, ¿va a llorar? Me está contagiando completamente.

"Who'll be reckless, just enough. Who'll get hurt, but who knows how to toughen up!" Su voz alcanza la cúspide, llena de coraje y de fuerza.

Al final vuelve al estribillo, esta vez mucho más suave y delicado, como con cuidado de que no se rompa.

La última nota del piano suena. Miro a Bea, ella está emocionada como yo. Sara se levanta, Fa'tima se levanta, y lo primero que hacen es darse un abrazo; un abrazo con muchos significados de por medio.





Santiago Rodríguez Villarejo 5ºA

Érase una vez, en el cielo más estrellado del mundo, vivía una humilde estrellita, como era pequeña pero iluminaba un montón, la luna, que es la encargada de poner los nombres a las estrellas, estuvo varios días pensando en el nombre de la estrella que fue "Lucía", la luna le dijo a Lucía que su nombre significaba luz del día, porque era la única estrella que resplandecía durante el día. Lucía, contenta por su nuevo nombre, se fue a su casa, una nube pequeña pero acogedora. Entró en su casa y se fue a la cama, Lucía no pudo dormir en toda la noche, porque sabía que sería su primer día de trabajo en "La Fábrica De Los Deseos", donde se hacen desde el más pequeño de los deseos hasta el más grande.

Cuando ya lucieron los primeros rayos del sol, Lucía se levantó con una gran sonrisa para ir a la fábrica. De lo contenta que estaba, fue a la fábrica cantando. Esta es la canción que cantó Lucía:

"Me voy, me voy, me voy a trabajar,
para los niños regalar,
¡Mil regalos y aún más!
Se pondrán a reír,
y a mí hacerme feliz,
y los padres tan contentos se pondrán a
sonreír.

Me voy, me voy.....

Lucía estuvo así mucho, mucho tiempo
hasta que llegó a "La Fábrica De Los
Deseos", se le olvidó que tenía que dejar
de cantar cuando entrara. Entonces,
dos nubes grises, que eran las guar-
dianas de la fábrica, le dijeron a Lucía:
Haber, estrella desobediente, ¿esque no
conoces las reglas? ¡No se puede
cantar en medio del trabajo, estás
despedida por nombre del Sol!

Lucía respondió con una triste cara:

Perro, perro... ¡Ni perros ni perros, vete
por donde has venido!

Lucía, cabizbaja, se fue por donde
había venido. Cuando llegó a su casa,
rompió en sollozos

Lucía, como no tenía trabajo, cada vez era más pobre y solitaria, empezó a pensar en abrir una tienda de regalos, donde vendería de todo: limpiapiques para los tucanes, agua para las nubes, abrillantador de estrellas..... Pero entonces se dijo, ¿y cómo pagaré todo eso, si no tengo ni un cenciolo (moneda del cielo)? Pensó día y noche, día y noche hasta que una tarde de verano se le ocurrió una idea, ¡la construiría ella misma! Se puso manos a la obra, tardó casi tres años en construirla, y cuando ya la construyó, se inauguró. Menlo, el señor viento, cortó la cinta roja con su brisa afilada y desde aquel día, Lucía fue muy feliz vendiendo de todo, todos los días tenía una larga cola: tucanes, estrellas, nubes, pájaros, pajaritos, incluso peces voladores!..... Todo era muy barato: el limpiapiques por sob dos cenciolos, lo más caro era el coritañas de los cuervos, por tres bicieles (billete del cielo). Un día, Lucía iba a atender a dos cuervos, pero los cuervos, por tiquismiquis, no se llevaron nada, porque a Lucía le habían

enfadado, diciéndole que todo era muy caro.
Esa misma noche, cuando Lucía había
cegado, se fue a su casa cantando una
canción maravillosa:

«A mi casa me dirijo,
donde mi canción yo elijo,
me voy a descansar,
para luego trabajar,
a mi casa....»

Así estaba Lucía, cantando y cantando por
su feliz vida. Cuando ya llegó ha casa,
se arrojó entre las sábanas de algodón y
empezó a adormilarse....

En ese mismo momento, se escucharon
unos sonidos: ¡¡¡Croc, cric, croc, cruc, cزع!!!

Lucía no se enteró; estaba ya entre sueños.

¡¡Eran los cuervos de esta mañana, que habían
pasado por ser clientes, pero son ladrones!!

Croc, amigo, vamos a robarle a esa estrella, cric,
croc, de acuerdo amigo cuervo, cruc.

Entonces, los cuervos empezaron a ir a la
tienda de Lucía, ¡¡¡¡¡Y le robaron todo!!!!

Pero ellos eran muy astutos y se dijeron:

Crec, vamos a destruir la tienda, porque si no solo tendrías que poner más cosas y ya está, crec, Crec, tienes razón amigo cuervo, ¡destruyémosla! aúic.

Entonces, justo entonces empezaron a destruir la tienda de Lucía:

Empezaron a hacer agujeros en el tejado de lana de nube, las paredes azul cielo las tiraron abajo, todas las cosas de la tienda las rompieron.....Estuvieron los dos ladrones cuervo casi toda la noche, hasta que por fin se fueron.

Crec, que susto se llevara esa estrella, aúic.

Crec, tienes razón amigo ¡Ja, ja, ja! aúic.

Lucía, aún dormida, se despertó sobresaltada: ¡He tenido una pesadilla, he soñado que los dos cuervos de ayer me robaban y me destruían la tienda! pero menos mal que solo era una pesadilla. Ahora me voy a la tienda cantando, seguro que hoy vendo muchas cosas, ¡seguro!

De camino a la tienda Lucía fue cantando.

Esta es la canción alegre que canto Lucía.

"Para vender yo estoy,

y eso lo haré hoy,

con una alegría,

y que todo el mundo ría.

Para vender..."

Lucía estuvo así hasta que llegó a la calle

"cielo hermoso" que era la calle de la

tienda de Lucía. Torció a la derecha...

¡Y se encontró con la tienda alas azules

(como patas azules)!

Entonces, Lucía en vez de sacar lágrimas

de sus ojos azules, dijo:

¡Con que esos tenemos, cuernos tramposos!

Ahora no voy a llorar, tengo mala suerte,

puede que sí, pero tengo voz para cantar,

y esto no me lo podeis robar.

Entonces, pensó día y noche, día y noche,

hasta que una noche de abril, se le ocurrió

una idea: Construiría un teatro de canib,

con nada valioso, solo su voz, porque su

voz no se la roba nadie, ¡soñó un teatro,

¡ja, ja, ja! Entonces, Lucía se puso manos a

la obra, como este trabajo era más grande

y más duro, tardó cuatro años y medio en construir el gran teatro!

Entonces Mentó, el señor viento, cortó la cinta roja con su brisa afilada. Y todo el mundo gritó:

¡¡¡¡ Bien, bravo, por fin tenemos un teatro de canto, bravo, bien!!!!

Entonces desde aquel día, Lucía estuvo mucho mucho tiempo cantando, siempre tenía público que le aplaudía: golondrinas, estrellas, tucanes, pajaritos, pajarzacos....

Entonces, abajo del todo, donde viven los humanos, todos los días escuchaban el canto de Lucía, la humilde estrellita, y siempre que veían una estrella mensajera de deseos, que son las estrellas fugaces, sólo recibían deseos de cantos, cantos de todo tipo: de amor, de felicidad, de alegría, de corazón, de fantasía, de animales....

Para las estrellas que trabajaban en "La Fábrica De Los Deseos" ¡no sabían fabricar música! Entonces, desesperadas las estrellas, fueron al "Teatro De Canto De Lucía, La Humilde Estrellita". Cuando llegaron

estaba cerrada, entonces entraron como pudieron. De pronto, escucharon un canto precioso y dulce, siguieron esa melodía y se trovaron con una habitación llena de cuadros con canciones, y todo era multicolor.....

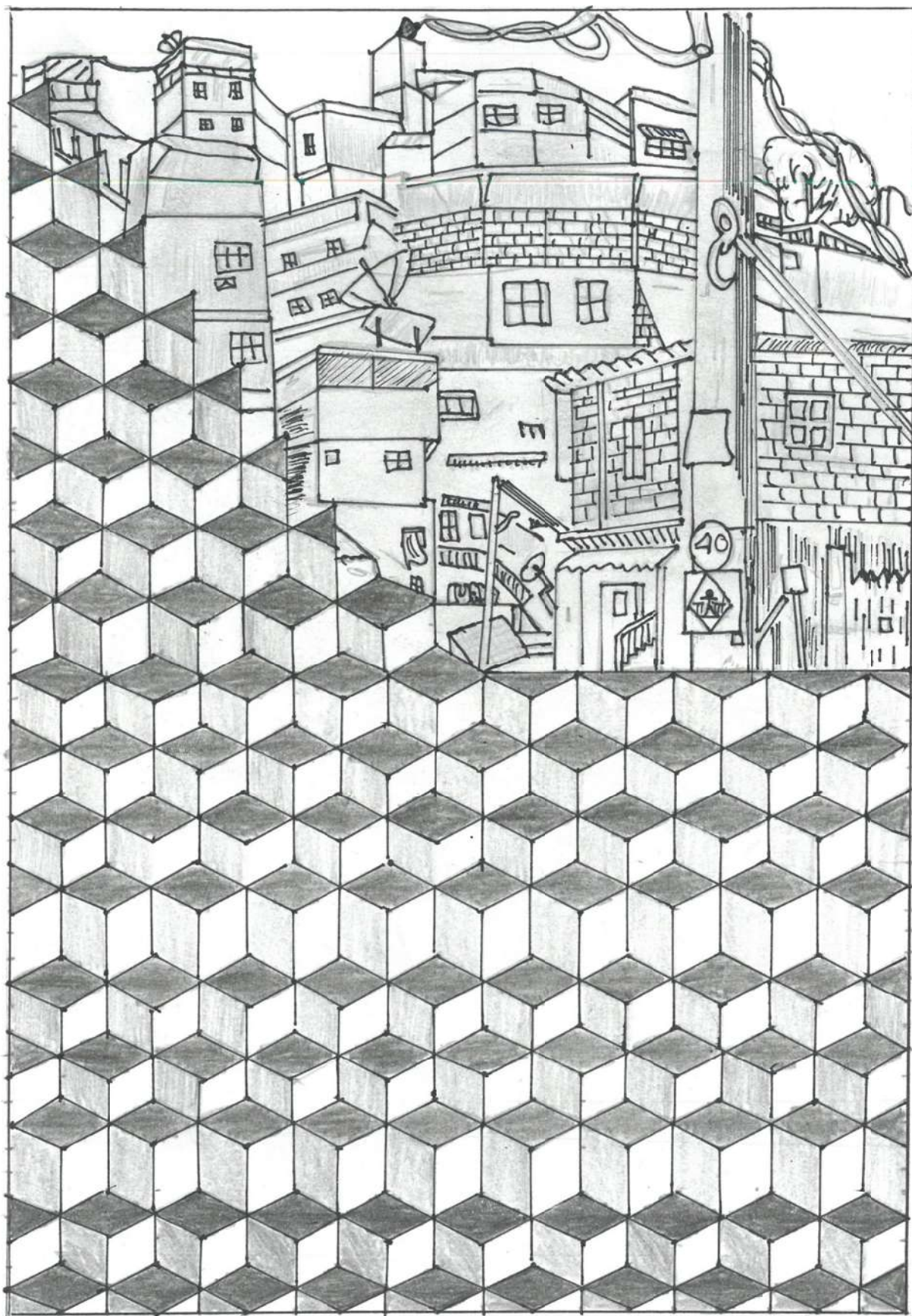
¡Era el cuarto de ensayo de Lucía! Las estrellas fabricantes de deseos le dijeron arrepenitidas:

Lucía, sentimos haberte despedido sin motivo de "La Fábrica De Los Deseos". Ahora si tú quieres, puedes venir a trabajar con nosotras, porque tenemos un gran problema sin ti, ¡nos están pidiendo deseos de canciones, y no sabemos fabricarlas, sólo tu sabes construirlas! Lucía, con una sonrisa más grande que todo el cielo, dijo:

¡¡Quéééééé.....!! Pues claro que sí, yo iré encantada!! Pero, ¿qué será de mi teatro? No te preocupes, le dijeron las estrellas fabricantes: No siempre tenemos deseos, si quieres, unos días vas a la Fábrica y otros al teatro. Lucía les respondió: ¡Tengo una idea mejor!! ¡Fabricaremos cantando!! Pero nosotras no sabemos cantar, Yo os enseñaré.

Entonces, desde aquel día, Lucía fue más feliz que todo el cielo junto.
Y ahora mismo el que está leyendo,
una noche estrellada, mira el cielo
y canta, porque Lucía te responderá
con una bella canción para que nunca
te olvides de ella.





Gustavo Gerardo García. ESO

Eva Urbano. 1º Bachillerato

El GATO y la Luna

Aún recuerda el primer día que lo vio. Caminaba alternativamente por encima de las tapias. Desde ahí veía todo: las jaulas, los corrales, la zona de cría... Podía ejercer su puesto como dueño del territorio, lo tenía todo bajo control.

Se paró a descansar bajo la sombra de una clapa, justo a la altura del corral de cría, miró hacia abajo y vio a todos los nuevos gazapos. Últimamente había habido menos camadas. Estuvo un rato mirando y algo le llamó la atención; de entre todas las manchitas marrones que se encontraban mamando, pudo distinguir una orejita pelona de color claro. Curioso, nunca antes había visto un conejo en la granja que no fuera marrón.

Esa misma noche hizo un frío especial. El viento corría fuerte mientras que en el cielo negro la luna llena se alzaba grandiosa como dueña de todo, trayendo luz a la noche. Odiaba la luna llena, nunca le había gustado, le ponía de los nervios. Prefería alzar la vista y ver sólo oscuridad, la oscuridad hacía sentir seguro a

Aún recuerda el primer día que lo vio. Caminaba altaneramente por encima de las tapias. Desde ahí veía todo: las jaulas, los corrales, la zona de cría... Podía ejercer su puesto como dueño del territorio, lo tenía todo bajo control.

Se paró a descansar bajo la sombra de una clapa, justo a la altura del corral de cría, miró hacia abajo y vio a todos los nuevos gazapos. Últimamente había habido menos camadas. Estuvo un rato mirando y algo le llamó la atención; de entre todas las manchitas marrones que se encontraban mamando, pudo distinguir una orejita pelona de color claro. Curioso, nunca antes había visto un conejo en la granja que no fuera marrón.

Esa misma noche hizo un frío especial. El viento corría fuerte mientras que en el cielo negro la luna llena se alzaba grandiosa como dueña de todo, trayendo luz a la noche. Odiaba la luna llena, nunca le había gustado, le ponía de los nervios. Prefería alzar la vista y ver sólo oscuridad, la oscuridad hacía sentir seguro a tan elegante animal.

Desde entonces, día tras día, una silueta negra de intensos ojos amarillos se posaba en lo alto de la tapia y observaba a aquel conejito que había llamado su atención. Presenció cómo aumentaba de tamaño, cómo le crecía el pelaje y cómo abría los ojos hasta convertirse

- ¿No crees que podríamos hacer algo con él? No sé, con lo bonito que es podríamos venderlo como mascota.
- No, eso supondría mucho jaleo. Además, al final no deja de ser otro conejo cualquiera.

Esas palabras se clavaron en el gato. Tenían razón, no era más que un conejo cualquiera, como todos los demás que había allí; y conocería el mismo final que el resto.

Levantó la cabeza y miró hacia las altas cortinas de plástico al final de la granja. No sabía cómo pasaba, pero sí sabía lo que pasaba allí dentro.

- ¿Por qué no baja? - miró hacia abajo y volvió a conectar con esos ojos azules que lo miraban interrogante.
- No creo que eso sea lo que quieres - respondió seco desde arriba y se levantó para marcharse.

Mientras caminaba, cerraba los ojos y el recuerdo de esos fijos ojos azules se repetía en su mente. No, desde luego su conejo no podía ser otro conejo cualquiera.

"El gato que sonaba con la luna."

Los días siguieron pasando, y él seguía visitando al otro animal. Empezaron a entablar conversaciones y el menor siempre se veía curioso ante la presencia del mayor. Pero todo contacto que el gato tenía con el conejo, era siempre

desde arriba, nunca bajaba de su tapia.

Una mañana fue a visitarlo y se encontró con la sorpresa de que su conejo ya no estaba en el corral de cría: debían haberlo cambiado de sitio.

Se dirigió a los corrales comunes y, efectivamente, allí estaba el sentado, mirándolo fijamente. Su conejo ya no era una cría. Se sentó en la tapia y ambos se quedaron mirando en silencio hasta que el pequeño decidió hablar.

- ¿Por qué nunca bajas? ¿Ave' es lo que pasa? He visto cómo te tratan los humanos, ¿tienes miedo de que te hagan daño?
- Si tuviera miedo por algo, no sería por mí.
- ¿Por qué eres siempre así? ¿Y por qué te tratan así?
- ¿Sabes lo que es la suerte? Es algo en lo que los humanos creen. Y yo soy portador de la mala suerte, gato negro. Sigo sin entender cómo funciona todo lo de la suerte, no le encuentro sentido, pero lo seguro es que a todos los que se cruzan conmigo les pasan cosas malas. - el conejo se quedó impactado y necesitó un tiempo para reaccionar.
- ¡Eso son tonterías! ¿Ave' tú das mala suerte por ser negro? Si tu pelaje es precioso. Ya me gustaría a mí ser de tu color, tan elegante. - el gato no pudo evitar sonreír de la ternura.

- No digas cosas como esa muy alto. Nunca sabes lo que puede pasar - y con eso se marchó.

"El gato que admiraba la luna."

A medida que pasaba el tiempo, el vínculo que había entre los dos se fortalecía más y más; eran prácticamente inseparables.

El conejo ya no era un conejito, era un conejo adulto ~~haz~~ y se notaba. Había entrado en celo hacía poco, y había tenido sus estragos. Estaba mucho más nervioso y mucho más activo, por no contar las peleas que de vez en cuando tenía con otros conejos.

Un día que el gato fue a visitarlo, se encontró con una imagen poco agradable: su conejo tenía dos arañazos profundos en el lomo.

Ante esta imagen, el gato bajó al suelo por primera vez, y, para sorpresa del conejo, empezó a lamerle las heridas.

Cuando terminó, el conejo no supo que más hacer aparte de agradecerle con un simple "gracias."

"El gato que cuidaba de la luna."

Casi seis meses habían pasado ya, y el verano estaba empezando a acabarse. El gato iba por lo alto de la topia camino a su lugar usual. Se sentó y empezó a buscar con la mirada una bolita gris entre todas las bolitas marrones, pero no la encontró. Extrañado, empezó a buscar por todos los rincones de la granja. Se estaba empezando a poner nervioso; corría de lado a lado del recinto, mirando a todos lados y buscando, pero no encontraba a su conejo.

Todas las alarmas saltaron en su cabeza, y su mirada se dirigió de golpe a las cortinas de plástico. Jamás había estado más allá, pero no dudó en correr hacia ellas. Las cruzó y se encontró de frente con un ancho pasillo oscuro con salas a los lados.

Empezó a correr por el pasillo y a mirar sala por sala, pero no encontraba más que almacén tras almacén.

Siguió corriendo y vio unas puertas grandes de metal, de las que salió un humano vestido con un mono blanco.

- ¡Eh, tú! ¿Qué haces aquí? ¡Fuera!

El humano intentó espantarlo, pero viendo que se resistía, lo cogió del pescuezo.

El corazón del gato latía demasiado rápido, se le iba a salir. "No puede estar pasando", se repetía una y otra vez.

El humano lo soltó fuera, de vuelta en la zona de corrales, pero intentó correr de nuevo adentro, llevándose una patada en el costado para que se detuviera.

Se quedó tirado en el suelo, viendo las cortinas.

Al final, sabía que esto iba a pasar, era inevitable.

No, sí que podía haberlo evitado, podía haberlo ayudado a escapar, ¿por qué no lo había hecho? Sería verdad que trae la mala suerte a aquellos a los que se acerca.

Aún así, se incorporó y se quedó sentado enfrente de las cortinas, no se movería de allí hasta que su congito volviera, se negaba a todo.

Pasaron dos días con él sentado allí, pero el conejo nunca volvió, así que no tuvo otra opción que irse.

"El gato que buscaba a la luna."

Desde ese día, las noches de luna llena no eran iguales. No huía de ellas. Las disfrutaba, les daban paz. El ambiente era azul, y la luna brillaba más de lo que nunca lo había hecho. Eran melancólicas, pero a la vez, apacibles. Se subía a la tapia, como tantas otras veces, y desde allí miraba al cielo. Ahora era la luna la que lo miraba desde arriba a él, y no al contrario.

"El gato que amó a la luna."

4

Julia Odonee
Rodríguez 1-B

Hacía ya un tiempo que no iba de compras, salí con mi madre de casa, al ver que hacía mucho frío decidimos darnos la vuelta y coger el coche. Me monte en el coche, estaba un poco cansada, la había sido muy larga pero en el fondo tenía ganas de ir con ella de compras.

Después de un largo tiempo andando y de entrar a muchas tiendas, estaba cansada y la ropa era un poco rara, la verdad que no había muchas cosas de mi estilo. Aun así estuve mirando cosas a ver si de casualidad encontraba algo que me gustase. De repente agarré un jersey, era muy suave, de un color pastel, como un rosado pálido, era inevitable pararse de tocarlo. Cuando después de tocarlo un rato, me hizo recordar algo maravilloso.

Hace ya tiempo que mi abuela falleció, pero había algo que jamás se me olvidará. Todos los sábados íbamos a comer a su casa a comer, a ella le encantaba que fuéramos. Ella siempre estaba tejiendo, tejía de todo era algo que le encantaba, al tocar aquel jersey lo recordé, recuerdo todas aquellas tarde que se pegaba tejiendo y como me podía pasar las horas a su lado mirándola.

Siempre le pedía que me tejiera bufandas, me encantaban, tenían un tacto espectacular y me encantaba llevarlas, siempre me hacía tres o cuatro, de distintos colores, ella sabía que los colores pasteles me gustaban mucho, por lo que siempre los usaba.

Me acuerdo de la última que me hizo, era super larga, como con un montón de flecos, tenía el mejor tacto del mundo, era suave, y abrigaba muchísimo.

Así que pienso que quizás merecía la pena comprar aquel jersey, era algo tan sencillo que me hacía recordar algo tan especial, que decidí llevarmelo, aunque fuera para solo tocarlo y acordarme de ella.

Puente de Lata ~

Laura Radial Albu 1º Bach A

Un puente que indica el final de un pueblo y el comienzo de otro, hecho de hierro laminado con un tono rojizo por el desgaste del tiempo. Todos lo llaman Puente de Lata, pero pocos conocen lo que esconde su historia.

Al comienzo de todo, su fin era para ferrocarril, pero ha acabado siendo un simple emblem. Si cruzaras por él, aún podrías observar las guías de las antiguas vías de tren. A ambos laterales podrías ver los caudales de la gente que una vez estuvo enamorada, pero que seguramente ya habrán olvidado su promesa. Además, si te fijas bien en las barandillas, hay lazos y flores secas que dejan sellado el recuerdo de las almas que creyeron que allí abajo estaba la solución a sus problemas. A sus pies, todo está lleno de grandes árboles alimentados del agua que eleva el río que el puente atraviesa. Estos árboles quizá han visto más suicido escribiendo la última página de sus vidas que vivos luchando por seguir adelante. Cuántas personas ha transportado y cuántas habrá dejado escapar...

Cuando el sol empieza a esconderse comienza un espectáculo en el que las montañas del fondo toman un color rosado que hace que te sientas parte de aquel lugar. Una vez que el sol ha dejado paso a la luna, si te tumbas sobre el camino que el puente dibuja, podrías ver la magia del universo, y entonces, si que te sentirás pequeño. Podrías observar cada estrella, algunas de ellas fugaces, pero que siempre se te quedan marcadas por el deseo que pediste. Verás el cielo negro, pero lleno de brillo, y te preguntarás el por qué la gente decidió ver por última vez ese lugar.

El suave y acariciado tacto de ese abrigo, los recuerdos que se agolpaban entre sus costuras, cuando hace ya años quien lo portaba me cogía de la mano tirando pero cariñoso, para recorrer con él a recorrer el mundo, me cogía entre sus brazos y me abrazaba dulcemente, para apaciguar mi llanto.

Pero hoy ya no está y todos mis recuerdos se resacaen a un trozo de tela con botones que con tan solo tocarlo me transporta a tiempos donde todo era más bonito si él y su abrigo vivían conmigo.

Hace tiempo que sus palabras ya no me acompañan, pero ponerme su abrigo, me hace sentir que me vuelvo a abrazar, que ese trozo de tela tan simple hace que vuelva a estar aquí conmigo, algo que jamás pensé que volvería a conseguir. Siento que gracias a ese "abrazo" soy capaz de todo, de hacer todo con la misma fuerza de la que hacía cuando él estaba conmigo.

Ahora entiendo que alguien no muere nunca ni se olvida y gracias a este abrigo y su atemporal tacto él siempre estará en mis recuerdos.

María Casero 1º B Bach.

Juan Megías 2º ESO D

El texto indescribible

En primer lugar, este texto no tiene nombre, mejor dicho, esto no es un texto, así, esto es un conjunto de palabras, pues bien, ¡No lo parece! Además podría ser un juego de palabras, por tanto no sabemos qué es. No obstante, debes adivinar que es, o sea, averiguarlo. En resumen, es una tarea del profe.

EL CIRIO:

Ángel Fco Ávila Jiménez



La vela se encendió, y su fuego se fue acrecentando. Fuego que era calor, fuego que era luz, fuego que era vida. Y su luz descubrió una vasta planicie, donde solo habían velas, tantas velas como estrellas hay en el cielo. Todas velas blancas, todas velas iguales, con sus mechas encendidas, aunque no todas brillaban, de hecho, casi todas estaban apagadas. Algunas se habían consumido por completo, dejando un cascarrón de cera, hueso y frío; otras habían sido apagadas: un viento imprevisto las había silenciado.

Día tras día, la vela iba ardiendo, consumiendo su cera, consumiendo su tiempo, tiempo pasado e irre recuperable. Muchas de sus hermanas se habían apagado ya, y otras tantas habían comenzado a brillar. Y así, el tiempo transcurría, como un río, lento, pero a la vez rápido.

Y la arena del reloj se acababa para el pobre cirio. Las miles de millones de luces diferentes que había presenciado parecían ahora un breve recuerdo, una anécdota para contar.

Su luz ahora palidecía. No sabe qué será de ella, quizá brille de nuevo en otro lugar, quizá no quede nada de ella. Mas a quién le importa, tan solo es una vela.

Elvira Ramírez

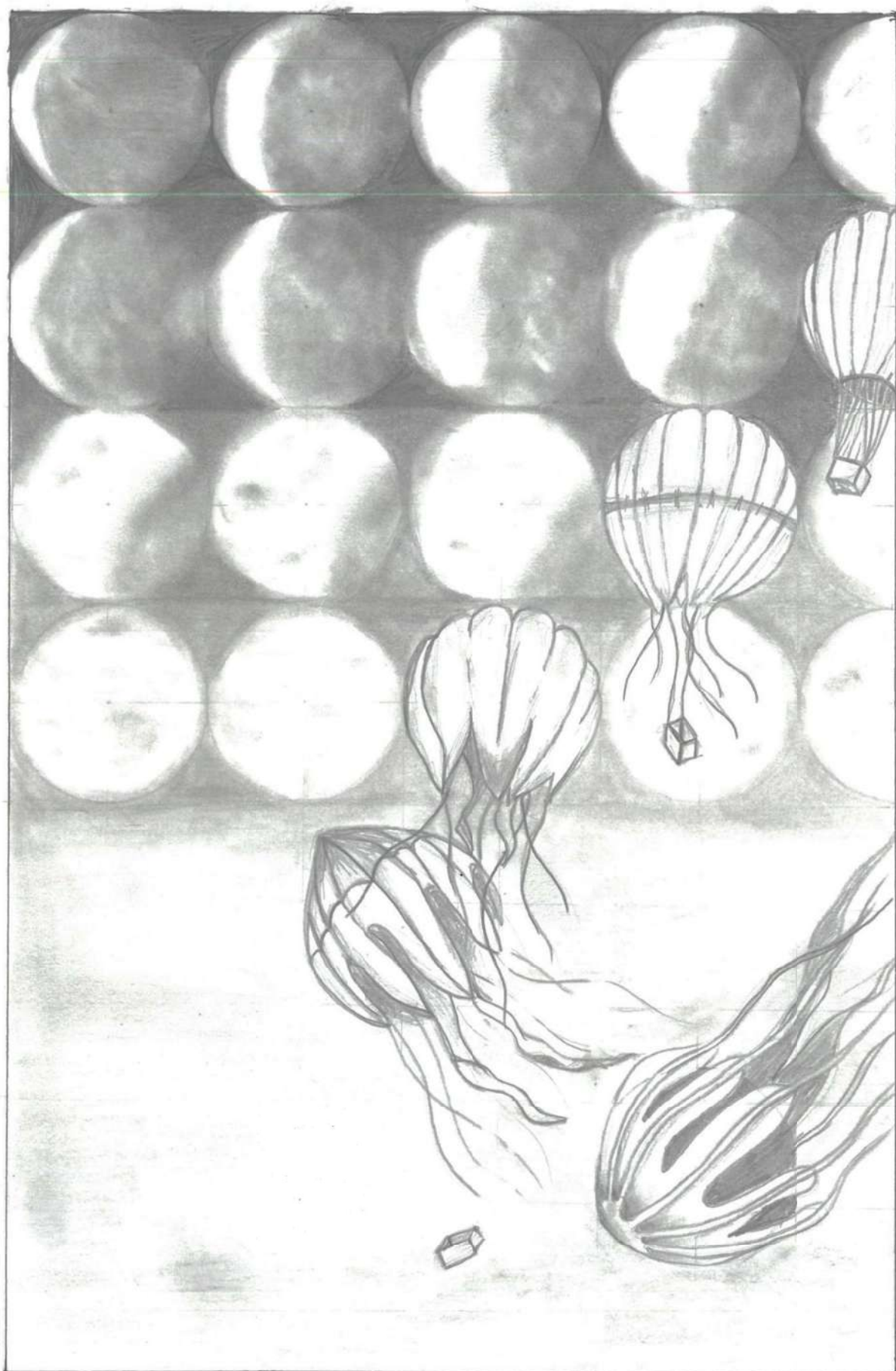
Una mesa verde, lápiz recién comprado, un paquete de lápices de colores y una goma que aún conserva el cuadrado perfecto. Así empezaba cada año de colegio, material nuevo, compañeros nuevos y posiblemente profesor nuevo. El verano había terminado, los días de playa parecían ahora lejanos y el olor a sal y arena se desvanecía de la memoria.

Con cada toque del timbre se acercaba más el momento de volver a casa, de dejar el calor sofocante de esa habitación abarrotada de niños deseosos de regresar a casa. Era completamente imposible evitar que, durante las largas explicaciones, la cabeza volviese a pensar en esas largas tardes de verano en las que no éramos conscientes del paso de los días, de cómo se acercaba el momento de volver a clase.

Aún con la pereza de volver al colegio nos quedaba siempre la ilusión de ver de nuevo a nuestros amigos, de reencontrarnos con aquellos que nos hacían más amenos los meses de clase y que un año más volverían a estar ahí en la mesa o la clase de al lado esperando para pasar un recreo más juntos.

Los miedos de un nuevo curso volaban sobre nuestras cabezas pero ahí estaban siempre los profesores para espantarlos con sus lecciones.

Porque al fin y al cabo ese miedo que teníamos a la vuelta a clase acababa desapareciendo con el paso de los días y poco a poco nos acostumbrábamos a la rutina, a ver todos los días esa mesa verde, ese lápiz no tan nuevo y esa goma que perdía sus forma cuadrada.



María Vílchez Anias. 4º ESO

los colores cálidos
de la orquidea

Procedían de la felicidad
y la armonía

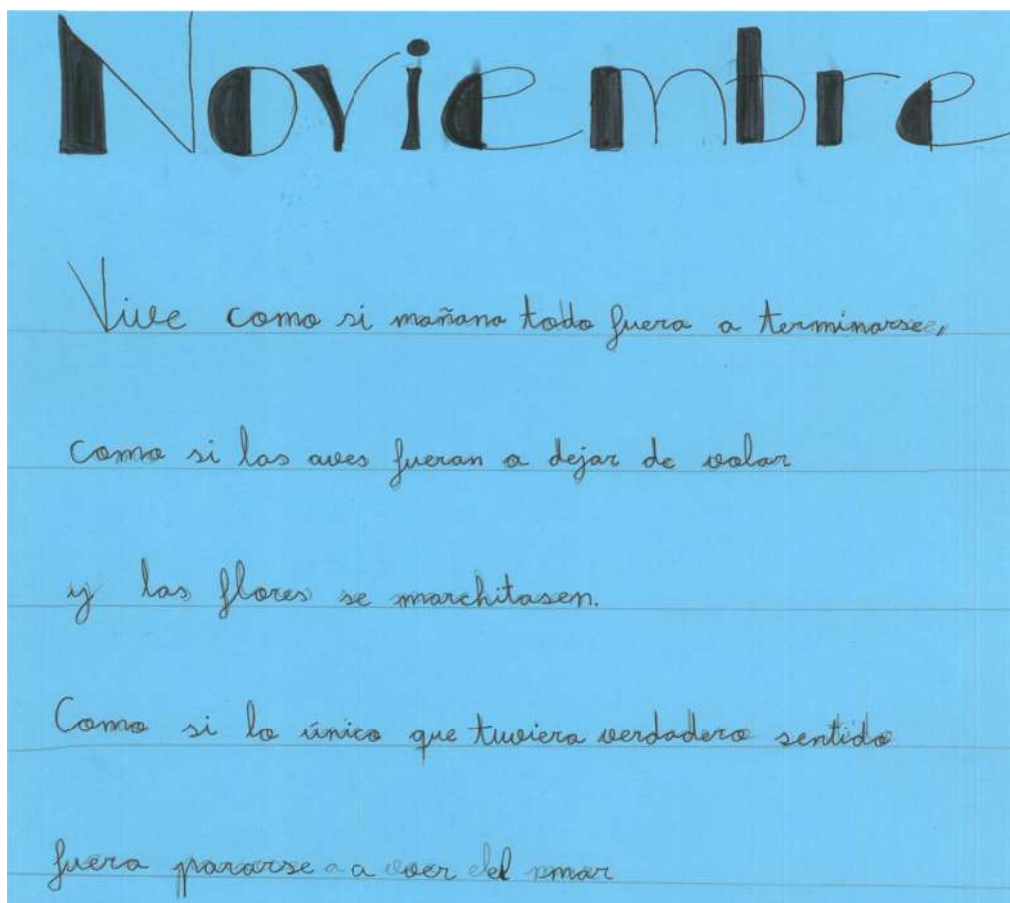
las ondas de mi cabello
se movían con anhelo.

Todo relucía, pero mi mirada
resultaba confundida y perdida

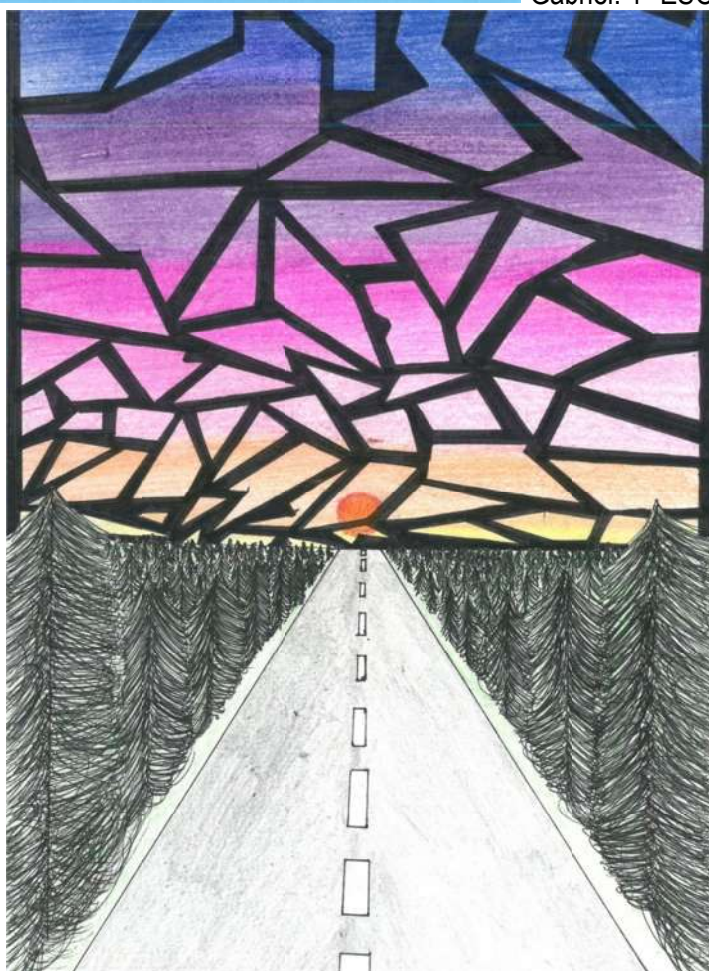
No conseguía desvanecer el
difuminado de aquella
sombra aparecer



Erika Bernal. 1º Bachillerato



Gabriel. 1º ESO



Alejandra Castaño. 4º ESO.

La Casa De Cristal

Fátima Abril
1º bach C

Voy en coche conduciendo por la enorme carretera, cuando, de repente, miro hacia la derecha por la ventanilla y la veo. Me quedo paralizada. al ver la enorme casa con las paredes repletas de cristales reflejando la luz del sol. Llevaba tanto tiempo sin verla que me quedo absorta, cuando de repente me doy cuenta de que estoy parada en mitad de la carretera. Aparco a un lado de la carretera y lo recuerdo, como un flash, aquella tarde.

Aquella tarde de principios de otoño, cuando las hojas de los árboles se van oscureciendo y de un tono verde florido pasan a un marrón oscuro y en vez de estar en los árboles, están en el suelo, como un bonito decorado.

Aquella tarde cuando aún era una adolescente feliz e inconsciente, cuando no sabía qué era lo malo y qué era lo bueno, cuando nada importaba, nada más que el ahora.

Aquella tarde cuando perdí todo lo que me importaba, cuando me arrebataron la felicidad, sin preguntarme antes si quería o no tenerla.

Aquella tarde, sentada en aquel mirador al lado de la preciosa, enorme casa de cristal.

Arranco el coche y desaparezco en la carretera, lejos de la casa de cristal.

EN ÓRBITA

Con forma rectangular y con varios dobleces hechos durante mi nerviosismo al que tiendo a doblar y doblar el papel. Justo en el punto medio del papel se encuentra un pájaro, más concretamente un agaporni de color amarillo anaranjado que inesperadamente está vestido con un traje de astronauta. Te hace pensar que no va a ser nada singular. Un casco en su mano. Si, su mano, no son aquellas alas que perfectamente le serian útiles para volar sin necesidad de coger un cohete. Rodeado de flores multicolores, simulando un bosque tropical donde la variedad de especies y colores prevalecen. Un camaleón rosa con pinceladas moradas se encuentra encima de una endeble rama como intentando llegar mas alto que el astronauta. En la esquina inferior derecha, varias hojas con tonos rosados y morados permiten que un pequeño murciélago se camufle. En cambio, este no pretende llegar al espacio, se conforma con esperar en la Tierra. No sabe lo que se pierde. Mirándolo fijamente, en una perfecta perpendicular hasta sus ojos, una especie inexplicable, parecida a un pájaro, se haya quieto y calmado, nada fuera de lo habitual. En la misma posición que dos palmeras desoladas y apartadas, sin ninguna playa a la que acompañar ni persona a la que dar sombra se encuentra una estatua. En una estatua azul, cuyo color transmite frio y vacío en su interior, un gato es representado. En el cielo verdoso del amanecer, una luna borrosa se encuentra en la esquina derecha mientras Saturno, más abajo, hacen simular el espacio. No le encuentro el sentido que tienen entre sí. Aun así, un pequeño detalle destaca entre toda la combinación. EN ORBITA. Arriba del todo, en color naranja como si del sol incandescente se tratase, donde el punto de la i es un planeta, vuelve a aparecer Saturno. ¿Sera por alguna razón en especial? ¿Especial o espacial? De otro mundo si es la combinación de letras y puntos. Pero en concreto tres números. Cero, nueve, uno. Tres números, un grupo de música y un sentimiento inexplicable. Una explosión de emociones ocurrió durante aquello. Luces rosas, amarillas y azules mezcladas entre humo y manos levantadas de aquellos cuerpos saltando sin descanso. Sin duda, el mejor concierto de mi vida.

Ese trozo de papel rectangular me hizo volar al espacio.

Isabel Alba. 1ºBachillerato



María Virginia Galdeano. 4º ESO

F E C N C I A F X P R E S I V A
L E S E N C I A L E X T I V A

— esencia — expresiva

Un pañuelo bloquea mi boca, aprisionándola en su voz mental, dejándola aislada en su propia consciencia, sin capacidad de expresarse a los demás, ¿y por qué ese pañuelo? Pues el cuerpo y mente que controlan esa boca no lo permiten. Su expresión, por miedo, miedo a su capacidad, a su razón, por la beneficencia que lo fue concebido ahora es su maldición, la razón de su condena, ¿pero qué razón hay para esta sentencia? Pues el resto de las bocas, cuerpos y mentes, que se condenan para dañarse unas a otras, y ante esta situación, estas tres esencias decidieron encerrarse en sí misma, estar solas, solo con las otras dos esencias como única compañía, para evitar ser dañadas, aunque con el gran costo de permanecer inexpressivas para el resto del mundo. Aunque esta situación no durará mucho, estas tres esencias crecerán, se fortalecerán y liberarán a la boca, para que use su beneficencia, para lo que fue creada, y ninguna otra boca podrá dañarla más y gozará de libertad y de su más profunda forma de ser, de su esencia: expresión.

C I N
I I I

— Sin —

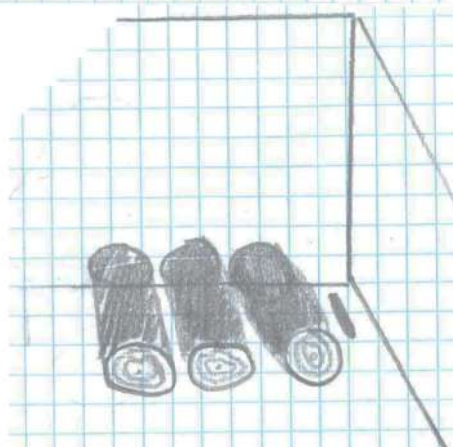
NOMBRE → Xavier Moreno Soler.

CURSO → 1º Bac A.

Madera y grafito

Llevo ya muchos días bajo estas troncos, que un día servirán para calentar al humano el cual, me sigue buscando aunque no me encuentra. Tengo miedo de que no me encuentre y que me confunda con un simple trozo de madera para calentarse porque al fin y al cabo esa no es mi finalidad, yo sirvo para crear. No quiero terminar calcinado por las llamas. Yo quiero terminar pequeño, que no me puedan coger, en ese momento, ya habré cumplido mi fin. Los humanos conforme avanzan por la vida se hacen grandes, en cambio, nosotros los lápices conforme avanzamos en la vida, nos hacemos más pequeños. Finalmente, hoy me ha encontrado y podré seguir con mi vida.

Jesús Pérez León 1º Bachiller.



pájaro

María Mancuso Santiago 1º Bach A

A veces el estar con nosotros, nos provoca una sensación la cual alguna, ya que nosotros somos al final la persona que mejor nos conoce.

Nuestra libertad es creada por nosotros mismos, ya que somos nosotros los que nos ponemos límites.

La soledad nos hace pensar y recordar tiempos ya vividos, nos libera del presente y desata del futuro, es una experiencia de libertad, de vida.

Al final la persona es comparable a los pájaros, los cuales pueden vivir en libertad o en jaulas, aunque todo siempre acabe dependiendo del punto de vista.

MARÍA RODRÍGUEZ VILLAREJO

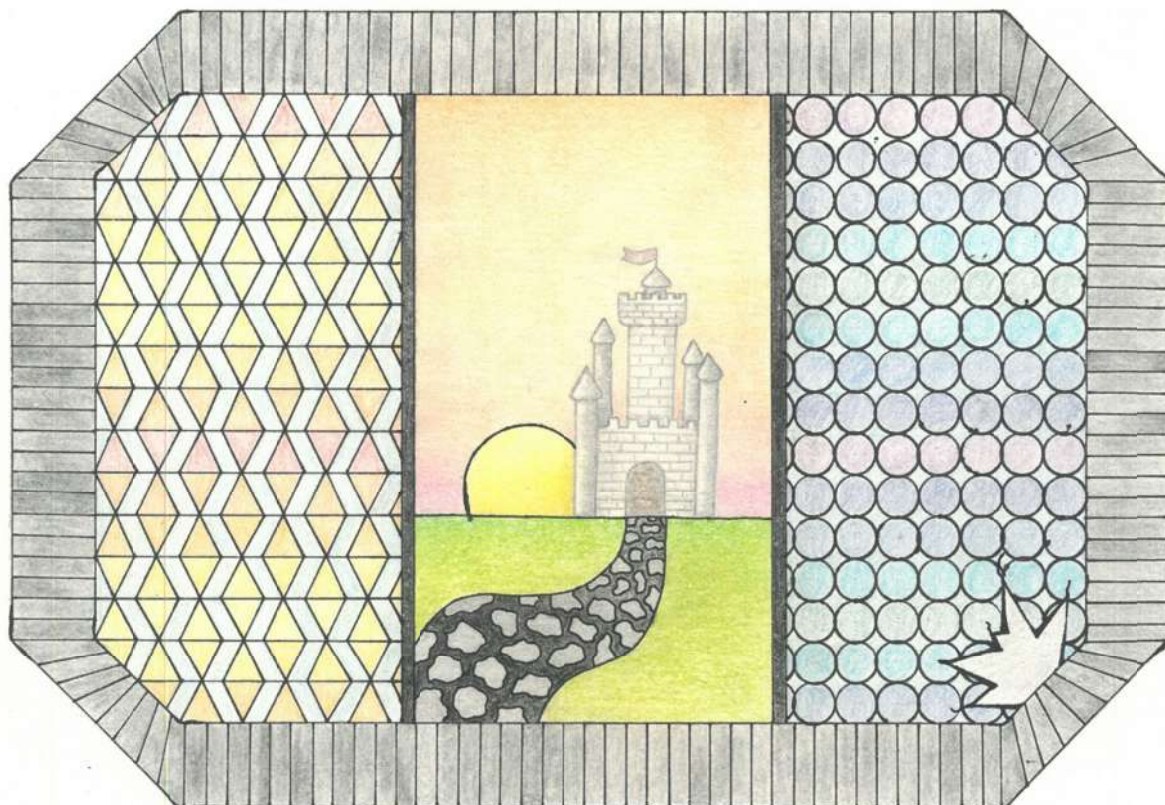
30-9-19

PÁLIDOS PÉTALOS

Una pequeña semilla, germinada en una húmeda tierra, perdida entre la nada, se encontraba sola. Ella tenía miedo, miedo a crecer, ya seguir sola, perdida entre la infinitud de la nada.

La pequeña semilla miraba hacia arriba, y se perdía en su futuro; extenso, interminable, un futuro infinito...

Y mientras observaba, algo cambió; no logró identificar qué ocurría, no sabía, y el miedo se transformó en felicidad, en un gran sol vibrando, espiroso, un capullo rodeado de pálidos pétalos y un sol radiante iluminando aquella cosa extraña y nueva, llamado Flor. La pequeña semilla (que ya no era semilla) miró con melancolía su pasado, pero, con felicidad su gran futuro como lo que era, una ROSA.



Lucía Rodríguez. 4º ESO



Andrea Martín. 2ºBachillerato

Marta Cremoz Gil 1º C

florece en mí

23 septiembre 2019

Nuevo instituto, nuevos compañeros, nuevas experiencias, nuevos profesores, nuevos hábitos y nuevo todo.

Van ya dos semanas de clase y hoy lunes 30 de septiembre, empezamos la tercera. Nada es como antes, en mí no hay tantas risas aunque poco a poco estoy siendo yo, con mis compañeros.

La primera semana, no me sentía yo y cuando un día volvía a mi casa en el autobús de línea, me encontré con todos mis amigos del pueblo que volvían en su autobús. Así que sentí cómo mi cuerpo se llenaba de felicidad y aunque llevábamos tres o cuatro días sin vernos, el abrazo que nos dimos fue tan gratificante. De camino a nuestras casas íbamos hablando, riendo y contándonos cosas sin parar. Ese día por la tarde, ya estuve como llena de felicidad. Pero el resto de la semana volví a estar apenada, porque soy una persona muy habladora y enamorada de las risas a carcajadas.

Y por fin, llegé el viernes y tenía tantas ganas de quedar con mis amigos, que así fue. De nuevo estaba llena de felicidad, me encontré con un montón de amigos y conocidos, que antes veía todos los días y de verdad que sentía como si algo floreciera dentro de mí. Hablé, hablé y hablé con todos los que me iba encontrando, pero más aún me reí sin parar.

Realmente, hacía muchísimo tiempo que no tenía tantas ganas de que llegara el fin de semana y menos aún de que acabara. Pero tras esa semana inicial de nuevo curso, donde sentía que no era yo misma y faltaba algo en mí, en la siguiente estuve mucho más agusto. Espero que poco a poco vaya encontrándome a mí misma entre mis nuevos compañeros, que me han acogido muy bien pero mi timidez va a hacer que me cueste tener confianza total. Aunque voy a evitar mi timidez porque la soledad, es muy odiada.



Laura Alonso Fernández. 3º ESO

Vida

Me corazón temblaba y mi respiración se agitaba y entonces decidí ponerme en pie y pasear un poco por la orilla para intentar aliviar aquella melancolía. El agua estaba fría, inquieta y juguetona con mis pies. La arena sin embargo, estaba débil y al pisarla te hundías en ella. Fui encontrándome alguna que otra caracola, algunas estaban muy desgastadas como la erosión de una montaña y otras tenían sus orlas y colores muy bien remarcados. Aquello me sentaba bien, muy bien y empecé a ver un rayo de luz. Miré el mar, ahora estaba más tranquilo, di un paso, otro, los chinos me hacían coquillas y frenaban mi huida y entonces en ese momento me di cuenta. Me di cuenta que todo en la vida sucede por una razón, todo tiene una explicación y por supuesto todo tiene solución. Miré por última vez el mar esas olas juguetonas, verdosas y encantadoras. Observé al pequeño barquito velero en el horizonte con sus luces deslumbrantes y desafiantes en mitad de la nada. Observé la montaña que me rodeaba, llena de vida y color. También aquellos pececillos impulsándose por la corriente del mar. Me agaché cogí arena, la solem y dibujé sobre ella "VIDA". Miré el cielo, podía observar cómo las estrellas diminutas y brillantes estaban conmigo. Iron prelosas y me recordaban a los ojos vidriosos de mi pareja cuando me decía "Te quiero"

Miriam Cuantos Garzón 1º Bach A

Sara García. 6º Primaria

La Verdad

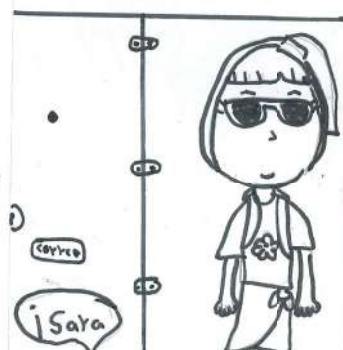
En casa de Claudia...



Y si hacemos una
fiesta en la pis-
cina.



¡Vale!
¡A prepa-
rarlo!

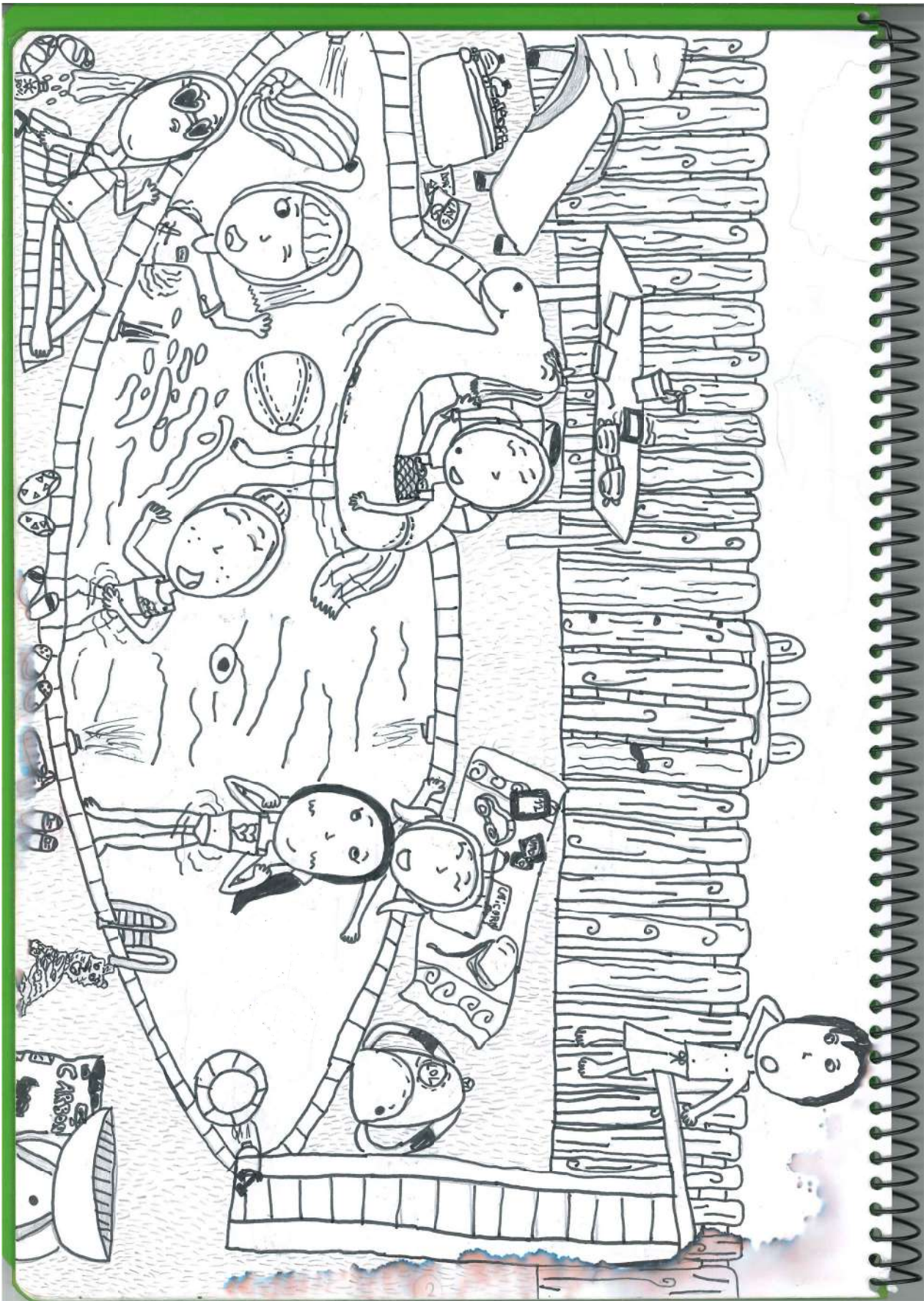


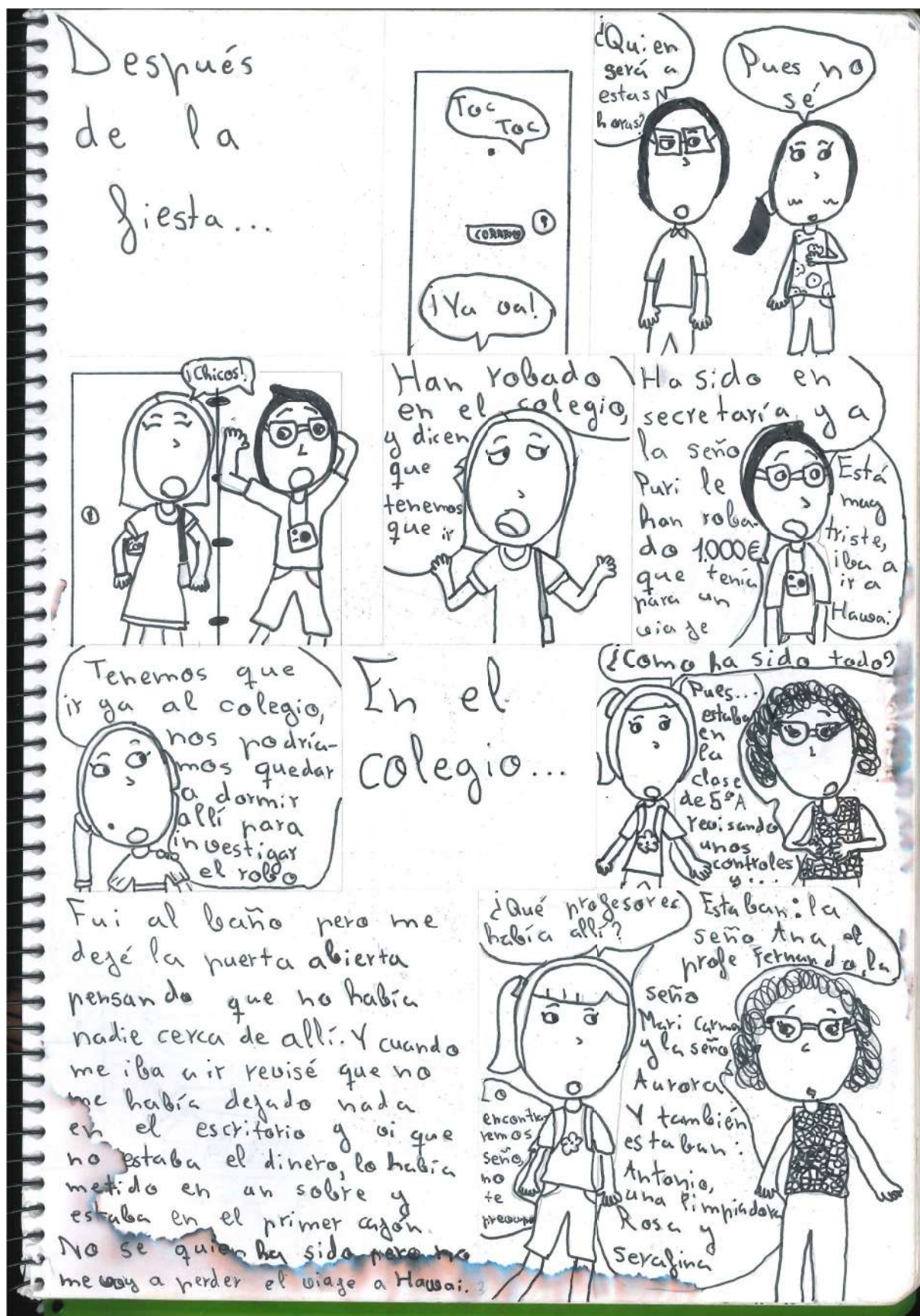
¡Que empiece
la fiesta!



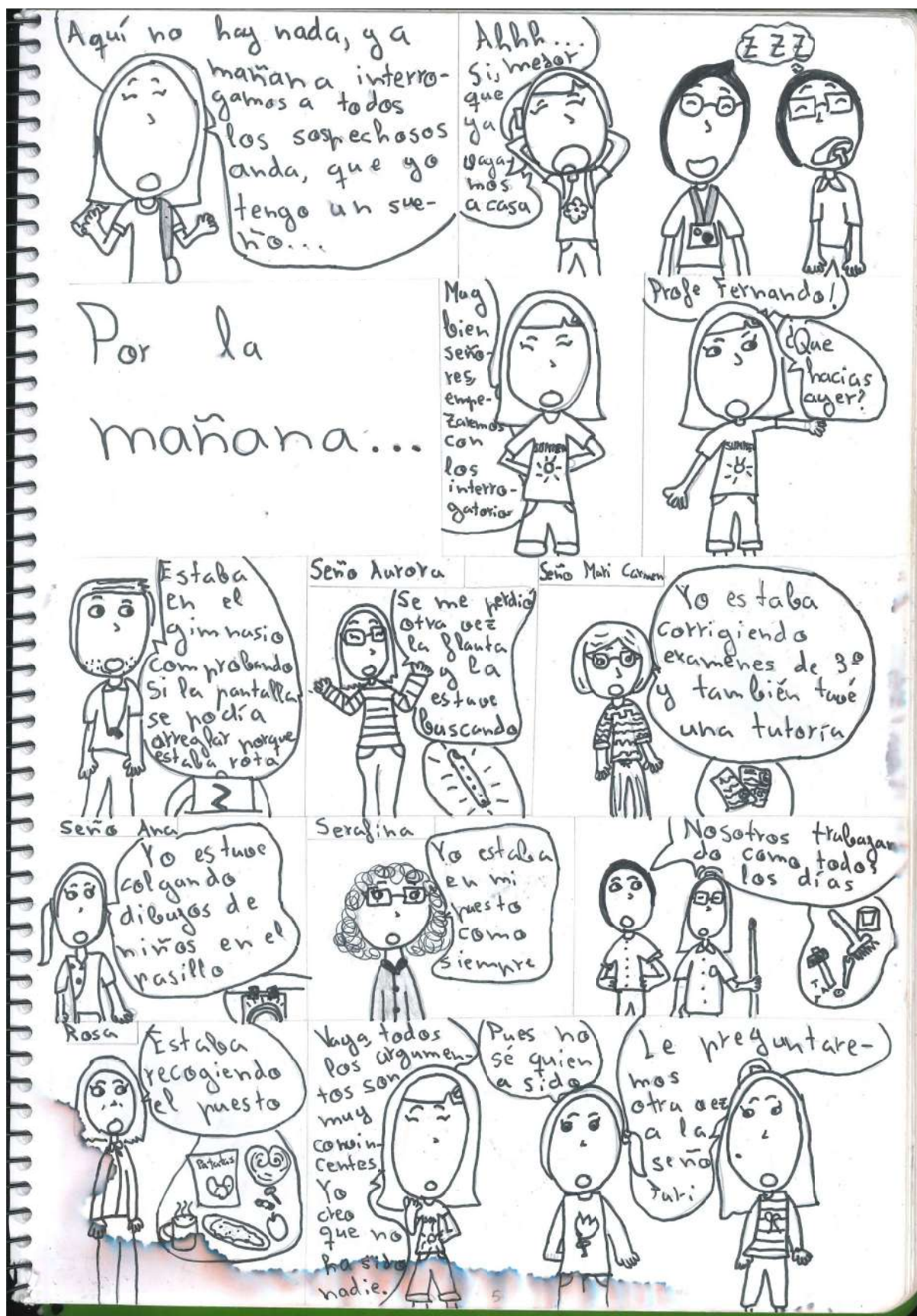
Parece que Blanca tiene mu-
chas ganas
de fiesta













El aroma de la vainilla.

A lo largo del día, mil sensaciones me invaden, se juntan unas con otras, la costumbre hace que no las notemos.

Pero a veces, en algunas ocasiones, hay un olor que me transporta a otros tiempos y espacio. En determinados lugares siento un dulce olor avainillado.

Ese aroma me lleva a mis vacaciones en casa de mi abuela. Recuerdo su recibidor totalmente impregnado del dulce olor a natillas, con aquel espejo dorado lleno de margaritas.

Con alegría parábamos al salir desde el cual podíamos ver la cocina. Esa cocina con su enorme ventanal, con sus muebles verdes y blancos. El fregadero de piedra con sus cortinillos debajo ocupaba una pequeña esquina la encimera, también de piedra, sostenía un hornillo de dos fuegos, dejando un sitio justo para un pequeño frigorífico. Pero lo que más me llamaba la atención eran sus suelos de barro. Aquellos floors verde oliva formaba un dibujo geométrico que hipnotizaban. Sentada en ese suelo, mirando por la ventana y comiendo los natillos de mi abuela pasé momentos leves y eternos a la vez.

Soledad Molina 1º Bach A.

Tatiana Mejía Zapata

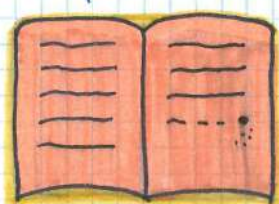
Sin ti...

Hay al despertarme senti tu ausencia, senti lo mucho que añoraba tu presencia y decidi que a lo mejor habra llegado el momento de ir en tu busca.

Me dijeron que buscara a otra persona, me dijeron que probara cosas nuevas, me sugirieron que siquiera escribiendo la historia, y que a ti te dejara atrapado en nuestro capítulo favorito, con un punto final tras tu nombre. Aunque no era facil, pero, tu tampoco lo fuiste.

Desapareciste como ese lápiz que pierdes en clase, pero aquellos lápices podian ser sustituidos, cosa que tú no. Si te faltaba un boli azul podia seguir con el negro, pero ahora que me faltas tú, no puedo seguir ni respirando. Ya no tengo inspiración, ya no tengo vida, ya no tengo amor y también estoy falta de oxígeno.

Intenté dejar tu recuerdo atrapado en aquel capítulo, intenté poner ese punto y final, intenté plasmar el mejor recuerdo que tenia de ti para dejarlo en el olvido, intenté que el lápiz tuvieras la punta tan fina que al escribir el punto y final, se rompiera en millones de trocitos diminutos, como lo hizo mi corazón. Intenté dejarte ir, pero tu eres ese lápiz perfecto con el cual quiero escribir mi historia...

*Sin*





Argos

Revista escolar del Centro Docente Privado

Juan XXIII-Zaidín de Granada

Diciembre de 2019

feliz Navidad